

La necesidad de cambiar de rumbo: Construir puentes hacia el futuro

Luc Ferry



Centro Lindavista
Centro de Investigación, Información
y apoyo a la Cultura A.C.



RedEs por la Paz

Edición para su difusión entre las/los miembros de RedEs por la Paz

Centro de Investigación, Información y Apoyo a la Cultura, A.C.

5 de mayo 32-311

Centro Histórico

México, D.F. 06000

www.centrolindavista.org.mx

administrador@centrolindavista.org.mx

tel 52-5557815940

tel 52-5557819346

Agosto 2014

La necesidad de cambiar de rumbo: Construir puentes hacia el futuro

Cambiar de rumbo pareciera ser un planteamiento que viene desde quienes se sitúan en la parte “izquierda” del espectro político-social. Pareciera que en la “derecha” no habrá insatisfacción. Hoy presentamos una visión desde un pensador de la derecha filosófica liberal, que nos presenta la ineludible necesidad de cambiar de rumbo.

El mundo y las sociedades caminan cada vez más aceleradamente –nos dice Luc Ferry- pero llevadas, más que por un proyecto personal o grupal, por un motor de competencia que no lleva a dónde se requiere.

Ferry, un pensador agnóstico, habla ante las Semanas Sociales de los católicos franceses, en la búsqueda de construir en común, un proceso que cambie el rumbo de la sociedad, y para ello como señaló Vignon, el Presidente de las Semanas, todos “debemos abandonar muchos equipajes, actitudes y acervos adquiridos de todo tipo“, viviendo de manera diferente para un desarrollo sustentable y solidario, porque el actual camino de desarrollo arriesga convertirse en mortal” como ahí señaló Camdessus.

Quizá hoy más que antes quienes luchamos por un proyecto de sociedad justa nos enfrentamos a las expectativas posmodernas de poder “vivir sin proyecto”¹ o a los proyectos subrepticios de los poderes fácticos.

¿Sobre cuáles bases lograr un consenso suficientemente amplio que permita verdaderamente cambiar de rumbo y evitar los abismos? Algunas pistas las da Luc Ferry, y hay que ir buscando otras, como las que explora Adela Cortina quien propone una ética cívica que recoja los mínimos de justicia “por debajo de los cuales es imposible caer sin incurrir en inhumanidad” y respetar activamente los máximos de felicidad y de sentido de la vida que no se comparten pero son valiosos”.²

Cómo sería deseable un diálogo nacional en México desde perspectivas tan aparentemente lejanas, pero que se pueden encontrar y plantearse mínimos de colaboración, de rescate común de lo que todavía tenemos para irlo ampliando.

¹ Véase Néstor Carlinsky, y Celia K. de Eskenazi, Introducción en Néstor Carlinsky, Celia Katz de Eskenazi y Moisés Kijek “Vivir sin proyecto: Psicoanálisis y sociedad posmoderna” Lumeai Buenos Aires, 1998.

² Adela Cortina, Justicia Cordial, Mínima Trotta, Madrid 2010, pág. 31.

Construir puentes hacia el futuro ³

Luc Ferry⁴

Cambiar de rumbo, preparar el futuro y afrontar la cuestión difícil del desarrollo sustentable supone en mi opinión dos condiciones. La primera es que tengamos valores que no se reduzcan a valores morales formales. Como lo señala Paul Thibaud, en una fórmula breve pero muy profunda y justa, la sociedad en la que vivimos - sociedad liberal social demócrata – se sustenta en los derechos del hombre más el mercado.

Derechos del hombre y mercado, es formidable ciertamente, pero totalmente insuficiente. Para cambiar de rumbo, es necesario ser capaz - y toda la dificultad está ahí - de definir otra dirección. No se puede cambiar de rumbo negativamente. Son necesarios valores más allá de la moral, es decir valores espirituales, que esta espiritualidad sea religiosa o laica, creyente o agnóstica, poco importa aquí. Necesitamos estar en posibilidades de definir un proyecto que permita vivir juntos, un horizonte de vida. Los derechos del hombre se dirigen hacia la pacificación del mundo pero no aportan ningún *sentido* a la existencia en los dos sentidos del término: ninguna dirección y ninguna significación.

³ Presentación realizada en la Semana Social de Francia: “Vivir de otra manera, por un desarrollo sustentable y solidario. 16-18 de noviembre 2007.

⁴ Luc Ferry es filósofo, antiguo ministro de la juventud, de la Educación nacional y de la Investigación de 2002 a 2004. Sus obras más recientes: *Apprendre a vivre. Traité de philosophie a l'usage des jeunes générations*, Paris, Plon, 2006; *Apprendre a vivre : traité de philosophie* (Frémeaux etAssociés, 2006); *Kant*, Paris, Grasset, 2006; *Vaincre les peurs*, Paris, Odile Jacob, 2006; *Familles je vous aime. Politique y vie privée a l'age de la mondialisation*, Paris, XO éditions, 2007.

La segunda condición para cambiar de rumbo, es estar en posibilidad de tener cierta eficacia sobre el mundo. Esto no se puede lograr si no se tiene un parámetro que oriente la ruta y permita guiar el barco. Es necesario por ello ser capaz de poner en obra una política que actúe, que cambie las cosas.

Ahora bien en dos aspectos - la cuestión del sentido y la cuestión de la eficacia sobre el mundo - estamos en grandes dificultades el día de hoy. No lo digo por voluntad de ser pesimista. No tengo ningún deseo de animar el ambiente de declinación o de tener un discurso desesperante. Tengo plenas esperanzas y optimismo; recordemos las palabras de Bernanos: “el optimista es un imbécil feliz, el pesimista es un imbécil desdichado”, pero si queremos verdaderamente afrontar los desafíos del desarrollo sustentable y de la relación con el futuro de manera lúcida, no debemos disimular la dificultad de la situación a la que nos debemos enfrentar.

Ecología y Pasiones Negativas

Algunos dirán que las cosas van mucho mejor. La “Grenelle del medio ambiente”⁵ o estas Semanas Sociales dan testimonio: la toma de conciencia sobre el medio ambiente, el desarrollo sustentable y el principio de precaución parecen ir por buen camino. Pienso sin embargo, que la ecología el día de hoy está demasiado animada por pasiones negativas para ser capaz de definir ella misma un horizonte positivo. Sea cual fuere la buena voluntad de unos y de otros - que no pongo para nada en duda - la ecología se apoya esencialmente en aquello que Spinoza llamaba las “pasiones tristes”, y no en las pasiones alegres. El más grande teórico de la ecología, Hans

⁵ Reunión Nacional realizada en Francia sobre el desarrollo sustentable

Jonas, lo había ya dicho en su libro *El principio responsabilidad*: en lo esencial ésta se apoya en el temor. El día de hoy tenemos temores de todo. Tenemos temor del tabaco, del alcohol, del sexo, del pollo, de la carne de res, de las nanotecnologías, de Turquía, de la mundialización, de las inversiones en el extranjero, de los Organismos Genéticamente Modificados, del efecto invernadero, del calentamiento global y de mil cosas más. Nos anima el temor. Y cuando esta pasión del temor prolifera en el seno de un Estado Providencia, se convierte en la pasión de la protección.

Además - y es un hecho nuevo - bajo efecto de las pasiones nuevas desencadenadas por la ecología y el pacifismo, nos hemos desculpabilizado del temor. Recordemos lo que se nos decía en las familias hace ya treinta o cuarenta años: tener temor de la oscuridad es signo de infantilismo; era necesario superar nuestro temor para convertirnos en adultos, tener valor, tomar sobre sí mismo la responsabilidad, a fin de dirigirse al auxilio de una persona débil agredida en un lugar público. Pero el día de hoy, el temor no aparece ya como una pasión vergonzosa sino como el primer paso de la prudencia, aún más, de la sabiduría, nos dice Hans Jonas. Es gracias a ella que tomamos consciencia de los peligros que pesan sobre el medio ambiente. Esto sin duda es cierto, y desde algunos puntos de vista puede ser algo bueno, pero el temor y la pasión por la protección no son suficientes, en ningún caso, para definir un proyecto positivo. Nos encontramos el día de hoy en grandes dificultades tanto en cuanto a la definición del sentido de la historia que queremos construir como sobre la eficacia de la acción de los seres humanos, por dos razones fundamentales: la deconstrucción desde hace más de un siglo de todos los principios tradicionales de

sentido, y la mundialización, que hace la acción política extremadamente difícil y muy poco eficaz.

Los efectos de un siglo de deconstrucción

Hemos vivido un siglo - el Siglo XX - que no se parece a ningún otro conocido hasta hoy en la historia de la humanidad. Todo ha sido deconstruido: la tonalidad en música, los principios de las artes plásticas en especial la figuración, los principios tradicionales de la novela en especial la cronología o la psicología de los personajes. Hemos deconstruido todas las figuras y los valores tradicionales, morales o religiosos, de aquello que llamamos el «superego». Estos valores todavía son compartidos por un gran número, pero han sido fuertemente fragilizados. Se han convertido en colosos con pies de barro. Este siglo de la deconstrucción ha tenido dos banderas: la vida bohemia y la visión de vanguardia. La vida de bohemia es una idea magnífica, en todo caso llamativa, que apareció en los años 1850. El primer libro que habló de ella frente a la vida tradicional de los burgueses, es de un autor alemán emigrado a Francia y poco leído hoy en día: Henry Murger, *Scènes de la vie de bohème* (1847). Se recuerda sobre todo la ópera de Puccini que en él se inspiró. Con este libro, Murger describe la vida de los estudiantes que viven en las buhardillas de los inmuebles parisinos: jóvenes frecuentemente sin dinero, que no buscan el éxito social y viven en la marginalidad. Viven el arte por el arte, como se dice ya en esa época. Se dan nombres transferidos al lenguaje corriente: los “me vale”, los de las «chimeneas», los «incoherentes» Todos se reagruparán bajo la bandera de la vanguardia. La vanguardia un poco como principio de que es necesario deconstruir la tradición y el pasado, «hacer tabla

rasa» de todas las herencias y patrimonios con el objeto de innovar radicalmente en nombre de la innovación absoluta. El Siglo XX así ha hecho añicos, o al menos profundamente fragilizado, todos los valores espirituales. No se trata de reflexionar aquí como creyente sino de pensar en el conjunto de la sociedad cuyos valores, lo dijimos ya, se reducen el día de hoy en lo esencial al mercado más los derechos del hombre, valores a lo más económicos y morales, pero ciertamente no espirituales.

Esta es pues la situación nuestra al final de este siglo de deconstrucción. Tenemos debido a estos hechos, muchas dificultades para percibir los principios de sentido, los valores espirituales en torno a los cuales podríamos reconstruir un proyecto colectivo. Los valores morales comunes hoy en día, como se han encarnado en el republicanismo francés, la moral kantiana, la ideología de los derechos del hombre de 1789, se resumen finalmente en uno solo: el respeto del otro. Mi libertad debe detenerse donde comienza la libertad de los otros: este es el principio fundamental de la moral moderna con la cual comulgamos en lo esencial casi todos.

Ciertamente es formidable, pero es totalmente insuficiente para pensar las cuestiones existenciales. Por ejemplo: ¿Para qué sirve envejecer? Envejecer no tiene ninguna relación con los derechos del hombre y el respeto del otro. No es una cuestión moral. Podemos vivir como un santo laico o creyente, respetar a los demás de la manera más perfecta que exista, esto no me impedirá envejecer. Otro ejemplo: el duelo de un ser querido. Estas son probablemente para la mayor parte de nosotros las cuestiones cruciales hoy en día por razones sobre las que trataré más adelante. El duelo por un niño que muere en un

accidente de carretera o de un ser querido que tiene una enfermedad grave y muere, no es una cuestión moral o una cuestión de respeto del otro. Tenemos necesidad de espiritualidad para pensar estas cuestiones existenciales que no se reducen ni al mercado ni a los derechos del hombre. Todo hombre, sea o no creyente como es desafortunadamente mi caso - tiene necesidad de reflexionar sobre estas cuestiones que no son de moralidad o de derechos del hombre, más bien de espiritualidad, o de sabiduría o de sentido. Lo que justamente, después de un siglo de deconstrucción encarnizada, nuestro universo demócrata y liberal no nos da ya.

La mundialización, una larga historia

La mundialización liberal corta las alas de la acción colectiva de forma que el problema número uno hoy en día es el de la eficacia de la acción. Todos podemos constatarlo: tenemos dificultades para reformar la sociedad. Esto también es cierto para todas las sociedades occidentales liberales. Para comprender la mundialización y sus efectos, debemos regresar un poco más atrás en la historia. Ha habido en realidad dos mundializaciones. La primera ha nacido del primer discurso de la historia de la humanidad que buscó seriamente la universalidad: el discurso de la revolución científica. Este se despliega entre los siglos XV y XVIII, a partir del giro simbólico del proceso Galileo, luego con Newton (la gravitación universal) y en Francia con Descartes (el principio de inercia). A pesar de su nombre, la religión católica, como todas las religiones, en el siglo XVIII, no vale más que para un rincón del mundo. En el fondo de China o de India de esa época, no significa nada. Puede ser que tenga una vocación a la universalidad, como nos lo transmite probablemente la palabra catolicismo, pero *de*

facto, sus discursos, sus valores, sus símbolos están ligados a un rincón del mundo, aunque éste sea grande. Hoy vemos muy bien que el mundo está más bien dividido por las religiones que reunido por ellas. En un sentido inverso el discurso científico y tecnológico que aparece en los siglos XVII - XVIII va a extenderse a todo el planeta. El principio de inercia, que Descartes formuló primero, vale tanto para los ricos como para los pobres, para los aristócratas como para campesinos, en Londres, en Nueva York o en Beijing tanto como en París.

Con la revolución científica, se coloca un doble proyecto de dominación del mundo: dominación intelectual, teórica, y dominación práctica - proyecto que los ecologistas critican seriamente hoy en día, inquietos por la arrogancia antropocentrista de la revolución científica. Recordamos que para un hombre de la Edad Media, el mundo estaba atravesado por fuerzas ocultas que los alquimistas trataban de dominar, para transformar el plomo en oro, por ejemplo. Ese mundo se parecía a los cuentos de nuestra infancia en los que en la noche los árboles retiran sus raíces de la tierra y se ponen a hablar y caminar. Se creía entonces, que había un alma del mundo, como lo decía ya Platón y luego los estoicos. Esta idea seguirá dominando hasta el siglo XVIII en lo que el gran sociólogo alemán Max Weber ha llamado el desencantamiento del mundo. La ciencia va en efecto a desencantar al mundo. Va a declarar que no hay misterios en la naturaleza, que ésta no está habitada por pequeños dioses o fuerzas invisibles y ocultas. La ciencia va a postular que la naturaleza es perfectamente inteligible, si no de hecho, al menos de derecho. Todo debe poder ser explicado. De golpe, siendo capaz de dominar intelectualmente la naturaleza, se va a poder utilizarla para realizar sin vergüenza las finalidades de la humanidad. Si

el árbol no habla, no camina en la noche, si no está habilitado por un dios de los árboles, entonces puedo quemarlo en la chimenea para calentarme o transformarlo en mueble o en instrumento de música. No hay ahí nada sagrado, por lo tanto no hay sacrilegio. La naturaleza está desencantada. Señalemos que en África, todavía hay pequeños dioses por toda la naturaleza: de la lluvia, del fuego. Entre nosotros ya no los hay.

Pero ahí está el fondo del asunto para comprender el tiempo presente - En la época de la ilustración, este dominio del mundo no es un fin en sí mismo. No se trata de arrogancia humanista. No se trata de dominar el mundo por el placer de mostrar su poder, sino de hacer a los hombres más libres y más felices. El evento que marcó todos los espíritus en el siglo XVIII, fue el de los 30,000 muertos de Lisboa en el terremoto de 1755. Releed *Candide* de Voltaire. Todos los grandes espíritus de la época consideran la naturaleza como malvada y cruel. Pero reflexionan que, gracias a la ciencia y la técnica, los hombres podrán dominarla y escapar a las catástrofes que ella inflige a los seres humanos. El dominio de la naturaleza en el espíritu de la ilustración está sujeto a una idea transcendente, externa al dominio por el dominio: la libertad y el bienestar. En esa época, a esta idea se le llama progreso.

¿Qué sucede hoy en la segunda mundialización? Todo ha cambiado. En efecto, en el siglo XIX pero sobre todo en el siglo XX: el proyecto científico y técnico de la ilustración se ha derrumbado, en el sentido religioso o platónico del término. En efecto, ha caído sobre una sociedad de competencia generalizada a la que llamamos capitalismo, liberalismo, mundialización. De golpe el progreso tiene otro significado y otro motor que en el siglo XVIII. Hemos entrado en una

sociedad de competencia total: entre las empresas privadas, entre los pueblos, entre las culturas, entre las universidades, entre los laboratorios científicos. De suerte que no progresamos ya, como podían pensarlo Voltaire, Diderot o d'Alembert, acercándonos a un mundo de libertad y del bienestar, sino a través del efecto, mecánico, automático, ciego de la competencia. Las empresas hablan de *benchmarking* para designar este proceso de comparación permanente con aquello que hacen los competidores. El fabricante de teléfonos portátiles sabe que si el producto que lanzará al mercado dentro de tres meses no es superior a aquel que está actualmente en nuestros mercados, será barrido por la competencia. Es la misma realidad para todos los productos abiertos a la competencia. La imagen que describe mejor el mundo en el cual vivimos, es el giroscopio - mi padre me ofreció uno cuando tenía cinco años y yo me interrogaba para que podría servir este bello y pesado objeto de metal dorado, que debe sencillamente dar vueltas sobre su eje para no caer. Nuestro mundo también debe dar vueltas para no caer. Pero al igual que el giroscopio no tiene idea de las razones por las cuales debe girar, nuestro mundo no tiene idea de las razones por las cuales debe avanzar sin cesar. El desafortunado dirigente de empresas sabe que es necesario que progrese, pero no sabe hacia qué y por qué. Sabe justo que, en una lógica económica y social darwiniana, no progresar es morir.

Las cuatro consecuencias de la mundialización liberal

La mundialización económica liberal tiene cuatro consecuencias – ¡cada una de las cuales merecería un año de seminario! En conjunto, presentan en toda su amplitud la

cuestión del desarrollo sustentable y la de la eficacia en el mundo, aunque cuando tuviéramos un proyecto colectivo acordado – que está lejos de ser el caso. Primera consecuencia: la desaparición del sentido de la historia. Nuestra historia parece no tener ya sentido en la medida en la que los focos de la competencia están diseminados por diversas partes del planeta. Nadie sabe de dónde va a venir la innovación y porqué. ¿Quién hubiera previsto hace veinte años la revolución de Internet y sus efectos éticos, sociales, económicos? Nadie. Nadie puede tener una visión de la evolución de la historia en el contexto competitivo mundializado en el cual vivimos.

Segunda consecuencia: ningún jefe de Estado, por más poderoso que sea, controla la historia. La historia se nos escapa por todas partes. Nuestros políticos tienen toda la dificultad del mundo en realizar aún los proyectos de sentido común más elemental. Veamos el destino del apasionante informe de Michel Camdessus. Se dice que hay falta de valor por parte de los políticos: Ciertamente, sobre todo falta de influencia sobre el mundo. Una imagen que merece toda nuestra atención y nos regresa incesantemente por ejemplo a los debates a propósito de los OGM⁶: es la de Frankenstein o de el aprendiz de brujo. Estos mitos antiguos de origen religioso⁷ son de gran profundidad. Nos muestran el temor a la desposesión, el temor de que la criatura escape a la influencia de su creador. De la misma forma que los pequeños granos de maíz creados por un investigador científico amenazan con escapársele y devastar la creación, o al menos los cultivos cercanos, los productos de la actividad humana escaparían

⁶ Organismo Genéticamente modificado

⁷ El de Frankenstein se remonta al siglo XV antes de ser retomado por Mary Shelley

poco a poco al control de la especie que los ha creado. Esta idea de pérdida de dominio atormenta nuestros espíritus a propósito de los mercados financieros, del Internet, del clima o de la televisión. No hay director de orquesta, sólo una lógica de bancos de peces: todos de un lado, luego todos del otro. Los altermundialistas imaginan a veces que detrás los mercados financieros, estarían los poderosos - las míticas doscientas familias que tiran de los hilos, de igual manera a como habría marionetistas detrás las ocho columnas de la prensa o de los noticieros de televisión. Pero si esto fuera cierto, sería una buena noticia. De hecho, los mercados financieros o la lógica de la televisión son procesos anónimos y ciegos. Son «procesos sin sujeto», lo que es mucho más inquietante. Estos procesos se nos escapan. ¿Cómo retomar en mano el curso del mundo?

Tercera consecuencia: aquello que Gilles Lipovetsky llama « el hiper-consumo », es decir a la vez la extrema individualización del consumo y el consumo de todo, aún de aquello que una vez no entraba en esta lógica como el caso de la escuela. Todo es potencialmente objeto de consumo, lo que los altermundialistas llaman justamente la “mercadización” del mundo. Hoy en día consumimos escuela, servicios públicos, política - espectáculo eminentemente distractor - religión sus con productos derivados, cultura o filosofía. Llegamos a la paradoja mayor del siglo XX: Ya no son los bohemios, las vanguardias que querían «comerse» lo burgués o Picasso quienes han cambiado al mundo, es más bien el gran capital – para hablar como Georges Marchais* en los años 70. Es más bien la mundialización liberal, para hablar como hoy en día, la

* Dirigente del Partido Comunista Francés

que ha realizado verdaderamente el programa de la deconstrucción. Porque Marx tenía razón: el capital, es la revolución permanente, la movilidad absoluta. La conservación no tiene sentido en un universo liberal -capitalista mundializado. El jefe de empresas hoy en día es como Picasso o Duchamps: tiene la obligación también él de hacer permanentemente tabla rasa del pasado y de innovar sin cesar. Si no lo hace, está muerto. ¿Quién por cierto adquiere las obras de arte contemporáneo o de vanguardia? Ciertamente no es el proletario, que aunque tuviera los medios, compraría ciertamente otra cosa. Son al contrario los grandes capitanes de industria de la mundialización liberal.

La mundialización liberal deconstruye los valores, espirituales en particular, y tiene la necesidad de hacerlo para lograr la transformación en consumidores adictos: esta es la cuarta consecuencia. Me explico. Me dirijo a ustedes como republicano de derecha – he pertenecido a un gobierno de derecha y soy en muchos aspectos un liberal. ¡Pero no por ello se debe ser un idiota! Se debe, al contrario, ser el primero en estar atento a los daños y a los efectos perversos del mundo que se defiende, por cierto. Yo diría del liberalismo lo que Churchill decía de la democracia: que es el peor de los sistemas a excepción de todos los otros. Imaginémos así a un jefe de empresa «ideal-típico» en el sentido de Max Weber: un jefe de empresa de unos sesenta años, ciertamente de derecha, decepcionado por la derecha de Chirac, satisfecho de la presencia en la presidencia hoy de un hombre de agarre que va posiblemente a poder conducir las reformas de derecha. Este mismo jefe de empresa, cuando recibe a sus nietos para un aniversario, los encuentra mal educados: no saben decir; “buenos días”, “gracias”, “hasta la vista”. Los encuentra mal

vestidos, no muy elegantes. Si empieza una conversación con ellos, se da cuenta que no tienen ni siquiera los mínimos conocimientos en materia de historia, de literatura, de arte. Si alguna vez sucede, que tienen que escribir una carta a su abuelo, probabilidad casi nula, estará llena de faltas de ortografía y de gramática. En breve, considera que “¡estamos en decadencia!”. Él lee obras de Nicolás Baverez y está muy de acuerdo con él. Ciertamente, no está totalmente equivocado – ahí está el problema. Pero lo que yo quisiera decirle con toda amabilidad, y con todo el respeto que tengo por él: ¡es que él es el principal responsable de la situación! ¿Por qué? Sencillamente porque él no puede querer otra cosa que transformar a sus hijos y a sus propios nietos en consumidores. Es necesario que estos niños adquieran teléfonos celulares para que la empresa marche. Ahora bien ¿qué es el consumo en su estado químicamente puro si no la adicción? El consumidor en estado químicamente puro es un drogado que está obligado a aumentar las dosis y acortar los tiempos de las tomas. Ésta es la definición del cliente ideal de todo empresario: alguien que va cada vez más frecuentemente al supermercado y comprará siempre más. Mi amigo empresario «ideal-típico» quisiera por lo tanto que nos convirtamos todos en eso: estar permanentemente en estado de carencia. Necesita por lo tanto destruir en nuestras cabezas, y sobre todo en las de nuestros hijos, todo aquello que frene el consumo, es decir los valores culturales y espirituales. Porque lo sabemos: mientras más se tiene una vida interior rica, menos se tiene necesidad de ir a adquirir los trucos inútiles o idiotas. Si mi bisabuela regresara a esta tierra y entrara en un gran centro comercial, ella encontraría todas estas cosas rebosantes de absurdo y de obscenidad. Ella consideraría que esto nos

separa de los verdaderos valores, que eran para ella los deberes hacia el otro y los deberes hacia sí mismo. Le digo por ello a mi amigo: tú no puedes “tener la mantequilla y el dinero de la mantequilla”, es decir, el niño tradicional, bien educado, cultivado, portador de valores morales y culturales y al mismo tiempo el niño consumidor, “zaper”. Los dos no pueden ir juntos.

Y esta es la cruz del capitalismo.

El matrimonio de amor, valor espiritual nuevo.

Sin embargo, sigo siendo un liberal republicano de derecha, y no un altermundista o un partidario del regreso al antiguo Régimen. Pienso en efecto que el capitalismo ha «inventado» paradójicamente los valores espirituales que vuelven a dar un nuevo esplendor a los valores cristianos - en particular el valor cristiano sobre todo el amor. Paradójicamente, a través de un sesgo profano, quizá un poco idólatra, el capitalismo ha reinventado a mis ojos el amor de manera sublime. Esto es lo que le salva y permite, creo, de trazar un sentido de lo común entre cristianos creyentes y laicos agnósticos como yo. ¿Cómo? Es la historia de la familia moderna.

Los historiadores de las mentalidades como Philippe Aries y sus alumnos nos han mostrado como en la Edad Media, nunca se casaba uno por amor. Se casaba o más bien se le casaba, y quizá ni siquiera eran sus padres quienes lo hacían, sino la aldea, como lo testimonia la práctica del *charivari*. El matrimonio, que nos parece como una cuestión eminentemente privada hoy en día era entonces un asunto colectivo. Tanto en las mansiones nobles como en las casas campesinas, se casaba por el linaje – es decir, la transmisión

del patrimonio y del nombre - y por razones económicas. Francia era rural, compuesta de comunidades de campesinos; eran necesarios brazos para hacer subsistir la granja. Los grandes mitos amorosos de la literatura de la Edad Media, desde el amor cortesano hasta Don Juan, son todos mitos del amor fuera del matrimonio. En ocasiones, las personas terminaban amándose en el matrimonio, pero era muy raro. El matrimonio de amor, que ha transformado completamente nuestras vidas y la relación con el otro, ha sido inventado al mismo tiempo que el salariado, nos dice un gran historiador: Édouard Shorter. Con el salariado ha aparecido en efecto el mercado de trabajo. Los individuos que iban a trabajar a las ciudades se arrancan de su comunidad de origen, de la influencia de su aldea, así como de la del cura. Es lo que muestran por ejemplo los estudios sobre las pequeñas empleadas domésticas bretonas en París. Al encontrarse en las ciudades anónimas, tienen la experiencia de una formidable emancipación y se casan por primera vez por afinidades electivas.

La invención del matrimonio de amor va a tener consecuencias gigantescas. Por el matrimonio de amor viene la aparición del divorcio. Fundado en el sentimiento, el matrimonio se vuelve necesariamente más precario. Pero tiene como consecuencia también algo mucho más positivo: un formidable amor a los hijos, como nunca había existido probablemente en la historia conocida y atestiguada por escrito hasta este día. Recordemos por ejemplo los sentimientos de Montaigne, hombre muy estimable, que escribía a uno de sus amigos: «Querido amigo, he perdido dos o tres hijos en la infancia». ¿Existiría un padre de familia hoy en día que no supiera cuántos hijos ha perdido? Recordemos también a Rousseau que abandona a sus cinco

hijos, o que Bach y Lutero que perdieron cada uno a diez hijos. Esta situación era parte del orden de las cosas. La pérdida de un hijo era considerada como mucho menos grave que la pérdida de un adulto.

Con el matrimonio de amor, una nueva relación con los otros aparece, una verdadera sacralización de la persona. En el fondo, toda la historia moderna está caracterizada a la vez por la deconstrucción, lo hemos visto, de todas las figuras tradicionales de lo sacro, de todas las entidades sacrificiales – todos aquellos por quienes sea voluntariamente aceptado dar su vida en Europa: Dios, la Patria, la Revolución - y la aparición en su lugar de lo sagrado con rostro humano. Los únicos por los cuales estamos dispuestos hoy en día a arriesgar, hasta a dar nuestras vidas, son seres humanos: nuestros hijos, aquellos que amamos, y a veces hasta seres humanos que no conocemos, como lo testimonia el impulso humanitario.

Según Max Weber, si se quiere comprender el modelo de los valores tradicionales, es necesario pensar en el capitán de una nave que se hundía con él, aún cuando la tripulación y los pasajeros hubiesen sido rescatados. Era el código de honor del capitán de barco. Ahora ya nadie quiere morir por el casco de un barco. No aceptamos morir más que por la humanidad. Lo sagrado no ha desaparecido, ha tomado hoy el rostro de la humanidad. No en el sentido en el que la humanidad se tomaría por un dios – lo que podría parecer idolatría a ciertos creyentes. Este sacro con rostro humano puede ser interpretado de manera cristiana o crística: es lo que yo llamo, siguiendo a Husserl, la trascendencia en la inmanencia. Esta trascendencia del amor está en el corazón del hombre y tiene que ver con algo fuera de él.

Yo no soy, lo habrán comprendido, un apasionado de la ecología política. Hoy en día fundada en temores y en el rechazo de la libertad humana. Pero le debo reconocer que es la única en haber sabido reformular la cuestión política sobre la importancia de las generaciones futuras. La cuestión política hoy en día es: ¿qué mundo queremos dejar a nuestros hijos? Se presenta de este modo en razón misma de la historia de la familia moderna. En la Edad Media, el niño tenía muy poca importancia. Esto es cierto también en el mundo aristotélico, el mundo griego. Es todavía el caso hoy en las sociedades tradicionales. El nacimiento de la familia moderna y el amor por los hijos, al mismo tiempo que el matrimonio de amor, han llevado a un énfasis en las generaciones futuras, que lleva a su vez a una nueva concepción de lo colectivo. Lo colectivo se presenta hoy, no ya en términos del presente sino en términos de futuro. He aquí porque la cuestión de la deuda pública, presentada entre otros por Michel Camdessus en su informe, no es una cuestión contable de gestión coyuntural. Es fundamentalmente la misma cuestión: ¿qué mundo queremos dejar a nuestros hijos? Creo que la política completa está en trance de reorganizarse alrededor de esta cuestión. Es en ello que podemos encontrar un sentido colectivo.

3. Queda por tratar la cuestión de la eficacia política. Comprendo que algunos, como Paul Thibaud, consideran que la solidaridad se vive en el Estado - Nación y que no se tiene interés en dejarlo en Europa. Pero si se quiere tener una oportunidad de retomar la marcha del mundo, si se espera reencontrar una cierta eficacia sobre el curso del mundo, es necesario reflexionar a la escala, al nivel en el que ello pueda ser posible. Esto no puede ya ser a la escala del Estado-Nación. Este es el desafío de Europa para nosotros hoy.